

LA LUZ DEL PORVENIR.

Precios de suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—Advertencia.—La ciegucecita —En el campo. El trabajo (El arte).—Amor y constancia.

ADVERTENCIA.

Tomando ejemplo de la «Revista de Estudios Psicológicos» que hace 18 años que se publica en Barcelona, y que apesar de su larga campaña, tuvo que poner en su número de Diciembre último un anuncio diciendo, «que solo mandaría el número de Enero, á los que hubiesen renovado la suscripcion, ó dado aviso que pagarían en mejor ocasion.»

Siguiendo nosotros la senda trazada por una de las Revistas Espiritistas más antiguas y mejor escritas de España, decimos á los suscritores de LA LUZ DEL PORVENIR que los que no hubiesen renovado la suscripcion antes del 10 de Mayo, ó dado aviso en esta redaccion, que continuan suscritos, no recibirán ningun número del año octavo que comienza el 27 de Mayo.

Triste y hasta vergonzoso, es tener que poner en periódicos espiritistas las *advertencias* que las apremiantes circunstancias nos han obligado á insertar más de una vez en LA LUZ DEL PORVENIR repitiendo hoy á nuestros suscritores, que LA LUZ al entrar en el año octavo de su humilde existencia, necesita irremisiblemente del apoyo material de sus lectores; pues su directora solo puede darle la vida moral, puesto que carece en absoluto de bienes de fortuna.

¿Tendrá que morir de inanición un periódico de los más baratos de España, útil para la mujer; y para la escuela espiritista? el tiempo responderá á nuestra pregunta.

LA CIEGUECITA.

Entre los muchos desgraciados que pululan en la tierra, ninguno me inspira tan profunda compasión como una niña ciega.

¡Una niña!.... símbolo de la alegría.... del movimiento continuo.... mariposa de prismáticos colores que vuela de flor en flor, con la sonrisa en los labios, la luz de Dios en sus ojos, y la esperanza en su frente.... cantando como los pajarillos, sin penosos recuerdos ni sombríos presentimientos!....

¿Dónde hay nada más bello que los ojos de una niña? A mí me encantan, me seducen, me parece que veo en ellos todos los resplandores de los astros, todas las magnificencias de los cielos. Si me hubiera dedicado á describir los paraísos de las religiones positivas, indudablemente, para inspirarme, para concebir y ver en mi imaginación

todas las bellezas de los edenes con que han soñado las humanidades, hubiera necesitado mirar atentamente el rostro de una hermosa niña.

Agradándome tanto, inspirándome tan inmensa simpatía las niñas, se comprenderá mejor cuánto deberá impresionarme una niña ciega y con cuanta pena miraré sus ojos muertos.

Hace algún tiempo que estando en una reunión de libre-pensadores, resonó una voz en mis oídos dulce, acariciadora, que decía con gran sentimiento:

—¡Gracias á Dios que la conozco á usted!

—Volví la cabeza, y ví á una niña de unos doce años, pálida y enfermiza, que estrechaba mi brazo entre sus manos con verdadero apasionamiento.

La miré atentamente y ví su rostro animado por una de esas sonrisas indefinibles que encierran todo un poema amor.

Más, algo faltaba allí; en aquel cielo no había luminares; los ojos de la niña, profundamente hundidos, estaban herméticamente cerrados: ¡era ciega!

¡Ciega!.... al convencerme de su horrible infortunio besé su frente con religioso respeto y la estreché contra mi corazón mientras le decía:

—¿Tenías deseos de conocerme?

—Sí, señora, muchos; aunque, á decir verdad, hace ya tiempo que la conozco por sus escritos, que siempre busco á alguien que me los lea.

—Me alegro; esto prueba que te agradan.

—¡Oh! sí, mucho, porque usted se acuerda siempre de los desgraciados.

—Y tú estás en el número de ellos, ¿no es verdad?

—Ya verá usted; yo creo que pagar una deuda no es una desgracia, sino el cumplimiento de una ley.

—Tienes razón, hija mía: cuántos filósofos no habrán acertado á pensar tan profundamente como tú!

—Y crea usted que por esta vez me ha tocado pagar una cuenta muy larga, porque cuanto me rodea me es adverso: mi familia era rica, muy rica, pero antes de nacer yo comenzaron los reveses de fortuna, y cuando vine á pedirles cariño, no encontré sino tristezas. Antes de cumplir dos años, dicen que, efecto de agudísimos dolores, se me vaciaron los ojos. Mi padre hace ocho años que está baldado; mi madre casi siempre enferma, mi hermano padece fiebres continuas; la única que goza de buena salud soy yo, y á todo esto nuestra situación es tan mísera, que no contamos con más recursos para vivir que lo que yo gano cantando por la calle, pues todas las noches salgo con mi madre ó con alguna vecina que me acompaña. Ya vé usted que cuadro el de mi casa!.... A pesar de todo, yo soy la alegría de mis padres: por mí se rien, por mí no se desesperan: yo siempre les digo que cuando estamos así, será porque no merecemos más, y ante la eterna justicia no hay más que doblar la cabeza.

—Tienes mucho adelantado para progresar, hija mía: y no te entristeces alguna vez considerándote privada del don precioso de la vista?

—No, señora; y hasta me alegro de no ver, porque así pecaré menos, y cuando vuelva á la tierra no tendré tantas cuentas que pagar.

—Te admiro, y te envidio: si yo me quedase ciega, sería profundamente desgraciada.

—Ya se resignaría usted como yo.

—¿Y en tus sueños nunca ves la luz?

—Jamás; siempre estoy en la oscuridad; pero mientras duermo estoy rodeada sin duda de muchos seres amigos, pues al despertar recuerdo lo que me han dicho: me hablan con especial cariño, aunque por la voz no conozco á ninguno de ellos.

—De manera que no tienes la menor idea de la luz y de los colores?

—Sí, la tengo, y tengo mis colores favoritos: siempre digo á mi madre que si alguna vez puede, me compre un vestido blanco y otro azul. ¡Oh! el color azul es precioso!

—¿Cómo te lo imaginas?

—No puedo describirlo, pero sé que es muy bello, lo mismo que la luz, y me parece que la luz y el color azul necesitan estar unidos para ostentar toda su belleza.

¡Qué maravillosa intuición la de esta pobre niña! cuán bien pinta, sin conocerlo, lo más hermoso que hay en la tierra, el sol con todos sus esplendores! la atmósfera azulada, el cielo!

¡Con cuánta admiración contemplo el semblante de la niña ciega!..... la luz que falta en sus ojos parece que quiere irradiar en sus labios y en su frente.

¡Cuánto dice su sonrisa!

¡Qué expresivos son todos sus movimientos!... ¡qué agradable su voz! con cuánto cariño se dirige á los que la rodean, para preguntarles si la quieren mucho!.....

Se conoce que es un espíritu decidido á progresar, tan decidido, que no desmaya ante los grandes obstáculos que encuentra en su camino. Su padre, el que debía darle sombra, está postrado en un sillón, sin poder dar un paso; su hermano se muere lentamente; su madre, débil y enfermiza, con atender á los quehaceres de su casa y cuidar de sus enfermos, tiene ocupado todo el tiempo; y ella, ciega y anémica, ella es la que tiene á su cargo la manutención de su desgraciada familia!

Hace pocos días, díjome con profunda tristeza:

—No me encuentro bien; no puedo cantar, y me asusta la idea de que á mis padres les falte el alimento necesario..... ¡Qué mala habré sido! ¿no es verdad? porque Dios es justo.

—¿Lo crees así?

—¡Oh! sí, señora.

—Entonces, hija mía, no te llares ciega: en tu cerebro la razón brilla con divinos resplandores.

Cuántos que se creen sabios, no racionan tan perfectamente como la pobre ciegucecita! ¡Dichosos aquellos que con los ojos del entendimiento ven la verdadera luz!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

EN EL CAMPO.

ARTÍCULO TRECE.

EL TRABAJO (EL ARTE).

Si para el conocimiento de la verdad; si para ejercitarse en lo justo; si para realizar lo bueno habeis acudido y perseverado en el trabajo útil, en el cumplimiento de todos vuestros deberes, desde el más ínfimo y minucioso quehacer doméstico, hasta el más profundo trabajo de regeneración y educación, realizado en vuestra familia; si habeis aprovechado la lección de todas las ciencias, desde la historia á las matemáticas, desde la filosofía á la medicina; si para ocupar dignamente y con todo el prestigio de vuestros altísimos destinos el sitio que la naturaleza os ha reservado en el concurso humano, habeis acudido á toda fuente de sabiduría y de virtud, para el embellecimiento de vuestro ser, para depurar, acrisolar y sensibilizar (permitid la frase)

vuestro sentimiento, habreis de acudir con el alma radiante de esperanza y la voluntad henchida de firmeza, á esa fuente purísima, diáfana, rebosante de vitalidad y de frescura, que se llama el Arte.

¡El Arte! ¿Habeis contemplado alguna vez el rielar de la luz deslumbradora del sol cuando se levanta en Oriente sobre un trono de celajes, á iluminar la tersa y tranquila superficie del mar en una mañana de hermosa primavera? Pues así como todo el Océano rebosa en el fulgor de los rayos del astro rey; así como las brisas ácras y perfumadas con las algas marinas ondean, rizando en menuda espuma las transparentes aguas; así como en los senos profundos de la extensa llanura se revuelve y despierta el torrente de la vitalidad, y los peces con sus túnicas de oro, y los crustáceos con sus corazas y armaduras, y los mónstruos con su gris ó leonada vestimenta se entregan al placer de vivir; así como los cielos se impregnan de los esplendores diamantinos de la luz, y las aguas se despiertan al placer del movimiento, así también, cuando refleja en el fondo del sér el sol eterno y divino del arte, el sentimiento bañándose en sus destellos inmortales se ilumina, fulgurando exuberante de vida. Si; el Arte arroja chispas de fuego en nuestro corazón, que encendiendo la lumbre de la sensibilidad, purifican, idealizan, elevan hácia el mágico país de las ilusiones, los más toscos, sencillos y rudimentarios instintos del hombre.

Todo lo bello se deriva del Arte, como todo lo justo de la ciencia y todo lo bueno de la virtud. Lo bello es ese polvo de oro afiligranado en que se bañan los horizontes de la vida en las breves horas de la ilusión; lo bello es el amor immaculado, indefinido, celestial, imperdurable como la sed de las almas hácia lo eterno, que nos lleva en alas de vertiginosa esperanza á la perfección intangible. Lo bello es todo movimiento involuntario hácia lo sublime; lo bello, por lo tanto, es el Arte, que en sus manifestaciones infinitas se burla de toda regla, se impone á todo gusto y se escapa á todo análisis; el Arte, por lo tanto, es el pulimento del corazón; él, con sus cincelos delicadísimos, va tallando y depurando el tesoro de nuestros sentimientos, predisponiendo á la naturaleza sensoria, á todas las vibraciones selectas, á todas las modificaciones sutiles:

Formas correctas, armonías embriagadoras, coloridos brillantes, cadencias sonoras, todo ese cortejo con que la escultura, la música, la pintura y la poesía se presentan ante nosotros, sirve para despertar la emoción, madre del sentimiento... ¿Y pensais, acaso, que sin la emoción puede darse por terminada, por coronada nuestra hermosa personalidad de seres pensantes?... Sin la emoción, no ondularía en nuestro cerebro el arco vibrátil de la sensibilidad, y sin esa cuerda sonora, que es el motor poderoso de nuestra existencia, la vida del hombre sería igual á la vida vegetativa de la más tosca de las plantas; por nuestras emociones subsistimos en el órden de la racionalidad; por ellas percibe el poeta y el músico la disonancia de la armonía y de la frase; por ella concibe el pintor la suavidad y el contraste de los tonos, de la luz y el color; por ella cincela el escultor el tosco mármol, haciendo latir en la forma la pasión del espíritu; por ella el astrónomo analiza la nueva nebulosa descubierta; por ella el matemático levanta el lenguaje de los guarismos hasta el mundo de lo infinito; por ella el historiador describe las fases de las evoluciones de las razas, y por la emoción sonríe el niño y llora el anciano, y se embellece la juventud, y trabaja, y se afana y lucha toda la familia humana, y por la emoción triunfan y vencen todas las aspiraciones hácia lo eterno, que acosan incansables el alma de los hombres. Cuidemos de la emoción; eduquemos nuestras emociones en la escuela sublime del Arte, y el sentimiento enaltecido, afinado, depurado en sus celestiales crisoles, dará á nuestra sensibilidad la clave de todos los tonos, y en la escala excelsa, donde escribe la creación sus armonías maravillosas, no habrá nota que nos sea desconocida, ni arpegio que deje de conmovernos.

¿Y pensais que en esto ha de haber para la mujer algun rebajamiento? ¿Creeis en las teorías de esos desdichados promulgadores de la inventada inferioridad de la mujer, los cuales presentan, como la mayor de las pruebas, en afirmacion de sus asertos, la especie de que la mujer no tiene más que condiciones sensitivas? Pensad despacio en el erróneo axioma de esta escuela, donde se afilian los despechados, los presuntuosos, hinchados de ridículo amor propio, y cuyo núcleo principal está formado por jóvenes imberbes, tenorios de callejuelas, aspirantes de celebridad y vulgaridades empavesadas con algun título de academia, ganado por influencias de apellido, ó por presídios del oro.

Pensad friamente en esos lastimosos asertos, y vereis de que modo se achica, se reduce, se empequeñece, se anula esa pretendida inferioridad, cuando solo se funda en el predominio de nuestras condiciones sensitivas. Todos los grandes hombres, todos los géneos poderosos, que cual piedras miliarias, van marcando á través de los siglos las grandes conquistas del pensamiento humano, han sido siempre, y en todas ocasiones, los que han tenido más exquisita y delicada sensibilidad. ¿Qué se desprende de esto? Que toda organizacion dispuesta á percibir y emitir la verdad, ha de tener como esencial é imprescindible una bien templada y vibrátil sensibilidad: mejor dicho; que todo sér llamado á desempeñar trascendentales misiones en el concurso humano, ha de estar dotado de las más selectas condiciones sensitivas; de modo, que véase por su base destruido el axioma de que la mujer es imperfecta é inferior por exceso de sensibilidad, si dijeran que lo es por defecto, ya seria otra cosa; pero fundar como causa de su insignificancia intelectual lo que podria ser origen de su importancia, es un visible desconocimiento de las leyes fisiológicas.

En buen hora, y pláceme consignarlo así como verdad que es, el que se vea á nuestro sexo á mil léguas, que digo á mil, á mil millones de distancia, en el camino en que se desenvuelve el pensamiento racional; en buen hora que se admita su inferioridad real y positiva, con respecto á condiciones intelectuales en el seno de las presentes generaciones; pero no basta su estado actual para arrojarla en un abismo sin fondo, en una eternidad de rebajamientos sin redencion posible, ni esperanza viable de progreso, bajo el anatema monstruoso de que su sensibilidad no ha de consentirla jamás el regenerarse. Nada de esto; sus condiciones sensitivas, *guiadas, elevadas*, por una educacion larga y templada, bajo el sol de las ciencias y de las artes, equilibrará ese desequilibrio de sus facultades, en el que se hiela y petrifica la inteligencia de la mujer; y, ¡dichoso el dia en que de la mano del hombre, sin adelantarle ni detenerle, marche á su lado por la senda de la sabiduría y de la libertad! ¡Dichoso el instante en que la pareja del varon y de la hembra forme el núcleo generador de la especie, de donde ha de surgir la infancia inocente, la infancia sencilla, saludable, robusta y alegre, iniciadora de la juventud entusiasta, generosa, amable, ilustrada! ¡Dichoso el dia en que resuene el *fiat* de la fraternidad, y ante los esplendores purísimos de la familia, del hogar, constituido en sus dos partes iguales, que son la mujer y el hombre, se iluminen los concursos de la humanidad reunida en una sola y múltiple familia, bajo el nombre de sociedad!... ¡Cuántas tinieblas! ¡Cuántas tempestades, dejando á trechos brillar el puro cielo de las libertades y de las sabidurías! ¡Cuántas noches de dolor angustioso, terrible, sordo como las tormentas en las frias regiones de los polos! ¡Cuántas lágrimas silenciosas perdidas en las horas amargas de la desesperacion, de la duda y hasta de la blasfemia! ¡Cuántos mártires habrá de registrar aún el paso de los siglos sobre nuestro planeta antes de que ese ideal se realice y esos destinos se cumplan! ¡Toda la sangre que habrá de verterse aún para redimir á los hombres del error tanto y aún más llanto habrá de correr todavía antes de que la mujer ocupe su cátedra excelsa de esposa y madre, y su trono de semejante del hombre!

ROSARIO DE ACUÑA.

AMOR Y CONSTANCIA.

María, la hermosa vírgen de los cabellos de oro, la de pensamientos de ángel, ojos azules, mejillas transparentes y lábios de grana, acababa de cumplir los diez y siete años sin haber derramado una lágrima. Sencilla como los pequñuelos, y risueña como una alborada de Mayo, constituía la única felicidad de sus buenos padres. Estos la habian educado más con el ejemplo, que con la palabra ¡Educacion santa, sublime, que trasmitió á los hombres el Redentor de la humanidad!

La conocí en el paseo y la simpatía, ese sentimiento tan dulce, como inesplicable, estableció entre nosotras una especie de parentesco. Llegamos á llamarnos hermanas y en efecto, nos profesábamos un cariño verdaderamente fraternal. Era imposible conocer y tratar aquella jóven, modesta y candorosa, aquel sér todo amor, todo sentimiento, todo ternura, sin amarla, sin admirarla, como se ama y se admira á esos ángeles de la tierra, que perfuman con su casto aliento todo cuanto tocan.

Una tarde, á esa hora en que el sol empieza á hundir su ojo de fuego en el horizonte, fuí á visitar á mi amiga, mejor dicho, á mi hermana del alma, y me dijeron que estaba en el jardín, pequeño y encantador vergel, que ella cuidaba con solícito y admirable esmero.

Una vez en él, dirijí la vista en todas direcciones, buscándola inútilmente, cuando un suspiro dulce como el preludio de un arpa, me guió hácia un precioso cenador cubierto de madreselvas y pasionarias, en el cual y sentada en un banco formado de troncos de árboles se hallaba María. La jóven parecía entregada á profundas reflexiones. Su graciosa é infantil cabeza de una belleza típica, bañada de esa tinta misteriosa, con que el Ticiano iluminaba el rostro de sus sublimes creaciones, reposaba sobre su blanca y aristocrática mano.

El cabello largo, sedoso y rúbio, como los rayos del sol, le caía en menudos bucles sobre su cuello de nácar y sus prolongadas pestañas, proyectaban una ligera sombra sobre sus frescas y aterciopeladas mejillas. Al cabo de algunos instantes durante los cuales no aparté de aquella figura angelical una mirada llena de cariñoso interés exclamé sentandome á su lado y rodeando con uno de mis brazos su breve talle.— ¡María! Esta se estremeció y levantando su frente de marfil, á través de la cual enseñaba la belleza de su alma, repuso:

¡Ah, eres tú!—Sí, yó soy? que te estraña? le respondí y al observar la mortal palidez que cubria su encantador semblante y los surcos amaratados, que rodeaban sus lindos ojos, le pregunté sobresaltada:—¿Qué tienes? ¿por qué estás tan pálida? ¿estás enferma? ¿por qué no sonries como siempre? ¿no te inspiro ya confianza? Habla, ¿qué tienes amiga mia?

María en vez de responder, se quedó mirándome fijamente, como si pretendiera leer en el fondo de mi alma y por último exclamó dando á sus palabras un acento cariñoso é insinuante. —¿Has amado alguna vez?

Sorprendida ante aquella pregunta estraña é inesperada, no supe al pronto que contestarle.

—¡Respóndeme repitió, María cojiendo una de mis manos y estrechándola con efusion entre las suyas. ¿Sabes tú lo que es amar?

—¿Crees tú María, le contesté con acento de dulce reconveccion? crees tú que si la imágen de un hombre turbara mi sueño lo ignorarias? ¿Tengo yó secretos para ti? ¿no te he contado todos los detalles de mi vida? ¿como pues habia de ocultarte, que el amor, esa chispa misteriosa, esa emanacion purísima del cielo, habia conmovido mi

alma?—¡Tienes razon querida, repuso dejando caer su hermosa cabeza sobre mi hombro y añadió con tristeza, puesto que no conoces el amor no sabrás comprenderme.—¿Pero á que viene esta conversacion? Tú, que eres una aturdida encantadora ¿por qué te ocupas de una cuestion tan grave y tan imprópia de tus pocos años? María por toda contestacion dirigió una mirada recelosa en torno nuestro y llevándose la mano al bolsillo de su bata, sacó un papel perfectamente doblado, que puso entre las mías diciendo:—Lée, esta carta te enterará de todo.

Era una declaracion de amor, llena de fuego, de ternura, de sentimiento, un pequeño poema en prosa y detrás de aquellas líneas escritas con el alma, se adivinaba un corazon apasionado y una inteligencia superior. Al leer la firma, no pude con tener un grito de gozo y estrechando dulcemente a María contra mi pecho exclamé con la voz trémula por la emocion:—¡Enrique Rosales te ama! ¡He aquí el hombre que yo habia soñado para tí! Mi amiga nada contestó, pero dos lágrimas puras y transparentes como el rocío de la mañana, se desprendieron de sus ojos de cielo y un suspiro perfumado como las rosas de Jericó se exhaló por sus labios desde lo más profundo de su alma.

Yo levanté en mis brazos su cabeza y apoyándola sobre mi seno con esquisita ternura y como si fuese una madre que, cuida á su hijo enfermo, deposite un beso en su frente, bien como si el roce de mis labios, tuviese la facultad de calmarle y exclamé:

¿Lloras? ¿á que vienen esas lágrimas? ¿No te ama Rosales? ¿no le amas tú?

--¡Con toda el alma! repuso María con vehemencia --Pues bien continué ¿por qué suspiras? ¿porqué sufres? Escucha, dijo la jóven enjugándose el llanto, que corria por sus mejillas y con voz en cuyo acento vibaba la pasion, desde que los ojos de Rosales, envolviéndome en su ardiente y magnética mirada, me dijeron con ese lenguaje mudo, pero espresivo, elocuentísimo, que habla directamente al alma; *Yo te adoro!* que en vano luchó por borrar de mi mente su recuerdo; ahora bien, la carta que acabas de leer, exige una contestacion y si dejándome llevar por los impulsos de mi amor, accedo, á unas relaciones, que me haria la mas feliz de las mujeres, ocasionaria á mis padres un gravísimo disgusto.

Estos tan cristianos y timoratos no consentirán nunca, que su hija sea la esposa de un socialista, de un frac-mason ó lo que es lo mismo de un enemigo irreconciliable de la Iglesia Católica.--Hablas, le respondí, con una lógica de la que no te creia capaz y yo á mi vez voy á hablarte, con la formalidad que requieren las circunstancias.

Tus padres querida María, te aman demasiado, para oponerse á la felicidad; además, Enrique es un hombre honrado, un jóven pundonoroso y los autores de tus dias, tienen bastante buen criterio, para no comprender que es muy digno de la mano de su hija.

¿Qué importa que su razon libre é independiente, emancipada de los errores, rechace los absurdos, las falsedades del romanismo, si practica las máximas del Evangelio? ¿qué importa que sea uno de los más valientes y decididos adalides del Libre-pensamiento, si ejercita la moral cristiana? Te lo repito no veo motivo para que te aflijas.

—¡Ojalá pensarán como tú los que me dieron el sér!--Pues no han de pensar lo mismo!

—¡Vamos basta de lágrimas y de suspiros.—Has calumniado á tus buenos padres ¿como habian ellos, que tanto te aman de darte el más leve disgusto? ¿como habian ellos de querer, que se marchitaran las frescas rosas de tus mejillas y desapareciera tu sonrisa encantadora? Créeme hoy te has empeñado en mortificarte, viéndolo todo negro como una noche de truenos.—¡Dichosa tu querida amiga, que todo lo vez de color de rosa! repuso la jóven con triste acento. Su corazon enamorado le anunciaba, que males sin cuento, atraeria sobre su inocente cabeza aquel amor, que era el per-

fume de su grande alma. ¡Pobre María! Apoyada en mi brazo abandonamos el cenador.

La noche habia cerrado por completo y el cielo de un azul hermoso, mostraba aquí y allá alguna estrella. La brisa refrescaba nuestras frentes y el perfume de las rosas y de las acacias nos envolvía en una pura y embalsamada atmósfera.

Me despedí de María y de sus padres, procurando introducir en el alma de mi amiga el destello consolador de una esperanza. Reasumiendo: María y Enrique comenzaron á contarse las impresiones de sus almas por medio de cartas, siendo para todos un secreto, escepto para mí, esta dulce y amorosa correspondencia.

Más tarde tuvieron necesidad de hablarse directamente y ella desde uno de los balcones del primer piso, que daba á una pequeña calle, situada á espaldas de la casa, y él desde la calle mencionada, empezaron esos tiernos idilios, tan llenos de atractivos para los amantes. Durante algun tiempo los castos amores de aquellas dos tórtolas enamoradas, permanecieron ocultos, hasta que llegó el día terrible, que tanto temía la pobre niña. Una anciana sirvienta, que habia visto nacer á María y que la amaba con el entrañable cariño de una madre le sorprendió hablando con su amado; y creyendo hacerle un bien se lo reveló á su señor. ¡Infeliz muger! ¡cuántas lágrimas le costó por el amor que profesaba á su querida señorita su funesta indiscrecion, su lamentable imprudencia!

Como resultado inmediato fué María encerrada en un convento, en calidad de pensionista y el jóven y generoso Rosales, en una cárcel, acusado de conspirador.

No hay necesidad de decir, de quien partió la infame denuncia. Nunca creí que el padre de mi pobre amiga, aquel señor atento y bondadoso, que para todos tenia una amable sonrisa y una palabra de cariño, fuese capaz de cometer, cegado por un injusto rencor, una accion, que rechazaría indignado el más miserable y desalmado de los hombres. Una mañana fui al convento donde vivia muriendo la candorosa y angelical María, y al verla aparecer trás la espesa reja del locutorio, tuve que hacer un poderoso esfuerzo sobre mí misma para no prorumpir en un doloroso y amargo llanto. ¡Cuánto habia cambiado! ¡Cuán desconocida estaba! Aquel sér demacrado y pálido como un cadáver, que yo contemplaba con el corazon oprimido y los ojos llenos de lágrimas, no era ¡ay! la hermosa niña, risueña y sonriente, como el canto de las aves al despuntar la aurora, que encantaba por su modestia á cuantos la conocian. Su frente, aquella frente en la cual brillaba la magestad de una conciencia pura, como la primera luz que enciende el día, se inclinaba hácia el suelo con abatimiento y sus ojos llenos de resignacion y de fé indicaban el dolor más profundo.

Su pecho violentamente comprimido, se levantaba con un rápido y continuado movimiento. Durante algunos minutos permanecí sin poder articular palabra, parecia que tenia echado un nudo en la garganta. María fué la primera en romper el silencio, para decir con la voz entrecortada por los sollozos:

—¡Gracias hermana mia, gracias, que vienes á esta horrible cárcel á consolar con tu presencia á esta desdichada!—¡María! ¡amiga de mi alma! ¿sufres mucho no es verdad? pude al fin decir sollozando tambien.—¡Dios te preserve de padecer lo que yo!—Basta fijar una mirada en tu semblante pálido, como un nardo marchito, aunque hermoso como no deja de serlo el sol aunque se nuble, para convencerme, que sufres la más horrible de las esclavitudes, el más doloroso de los martirios, ¡tú que eres uno de los pocos seres que valen en este mundo!

Y todo ¿por qué? Por amar con toda la vehemencia del amor primero á un hombre, cuyo único delito consiste en rendir culto á la verdad y á la razon.

ISABEL PEÑA.

(Se continuará.)